



El mundo ibero-languedociense durante la primera Edad del Hierro

Eric Gailledrat

► To cite this version:

Eric Gailledrat. El mundo ibero-languedociense durante la primera Edad del Hierro. El mundo ibero-llenguadociense durante la primera Edad del Hierro, Nov 2004, Calafell, España. pp.165-174. halshs-00707295

HAL Id: halshs-00707295

<https://shs.hal.science/halshs-00707295>

Submitted on 12 Jun 2012

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

ARQUEO MEDITERRÀNIA
9/2006

**De les comunitats locals als estats arcaics:
la formació de les societats complexes a la costa
del Mediterrani occidental**

Homenatge a Miquel Cura

Actes de la III Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell
(Calafell, 25 al 27 de novembre de 2004)

Maria Carme Belarte (ICREA/ICAC)
Joan Sanmartí (UB)
(editors científics)

ÀREA D'ARQUEOLOGIA - UNIVERSITAT DE BARCELONA
INSTITUT CATALÀ D'ARQUEOLOGIA CLÀSSICA

El mundo ibero-languedociense durante la primera Edad del Hierro

Eric Gailledrat*

Introducción

Sobre un fondo de población preindoeuropea distinto del que caracteriza el mundo peninsular, se desarrolla en la primera Edad del Hierro en Languedoc occidental y en Rosellón (fig. 1) una cultura original, que presenta fuertes afinidades con el mundo ibérico de Cataluña. La formación de esta civilización comúnmente denominada “ibero-languedociense” revela la existencia de procesos de aculturación íntimamente ligados a la dinámica engendrada por el mundo colonial mediterráneo (Jully 1975; Solier 1976-78; Gailledrat 1997).

Los inicios de la primera Edad del Hierro

Para las comunidades indígenas del Languedoc, el último cuarto del siglo VIII a. C. significa no sólo la aparición de los primeros objetos de hierro, sino igualmente la instauración de las primeras relaciones seguidas con las culturas clásicas del Mediterráneo occidental: griegos, etruscos y fenicios de occidente.

Las consecuencias de estos contactos se revelarán importantes en más de un aspecto. El origen mismo de la siderurgia (¿continental o mediterránea?) es aún un tema de debate, pero es en efecto en este contexto de contactos con el Mediterráneo cuando el hierro hace su aparición en el sur de Francia (Janin, Chardenon 1998). Se trata en un primer momento de pequeños objetos, sobre todo de elementos de vestido o de adorno, pero también de cuchillos de espiga corta que, en contexto funerario, van asociados sobre todo a tumbas masculinas.

En este contexto se desarrolla en Languedoc occidental una cultura original, centrada sobre la cuenca del Aude. Sucediendo a la facies “Mailhaciense” (de la necrópolis epónima de Mailhac, Aude) del Bronce Final IIb, el grupo “Grand Bassin I” caracteriza el intervalo 725-575 a. C. Este grupo atestigua una evolución de la cultura material de esta región, a la vez rápida y sin ruptura neta con el período precedente. Así mismo, es testigo de una mutación importante de las sociedades indígenas, en la que percibimos los signos de una jerarquización creciente.

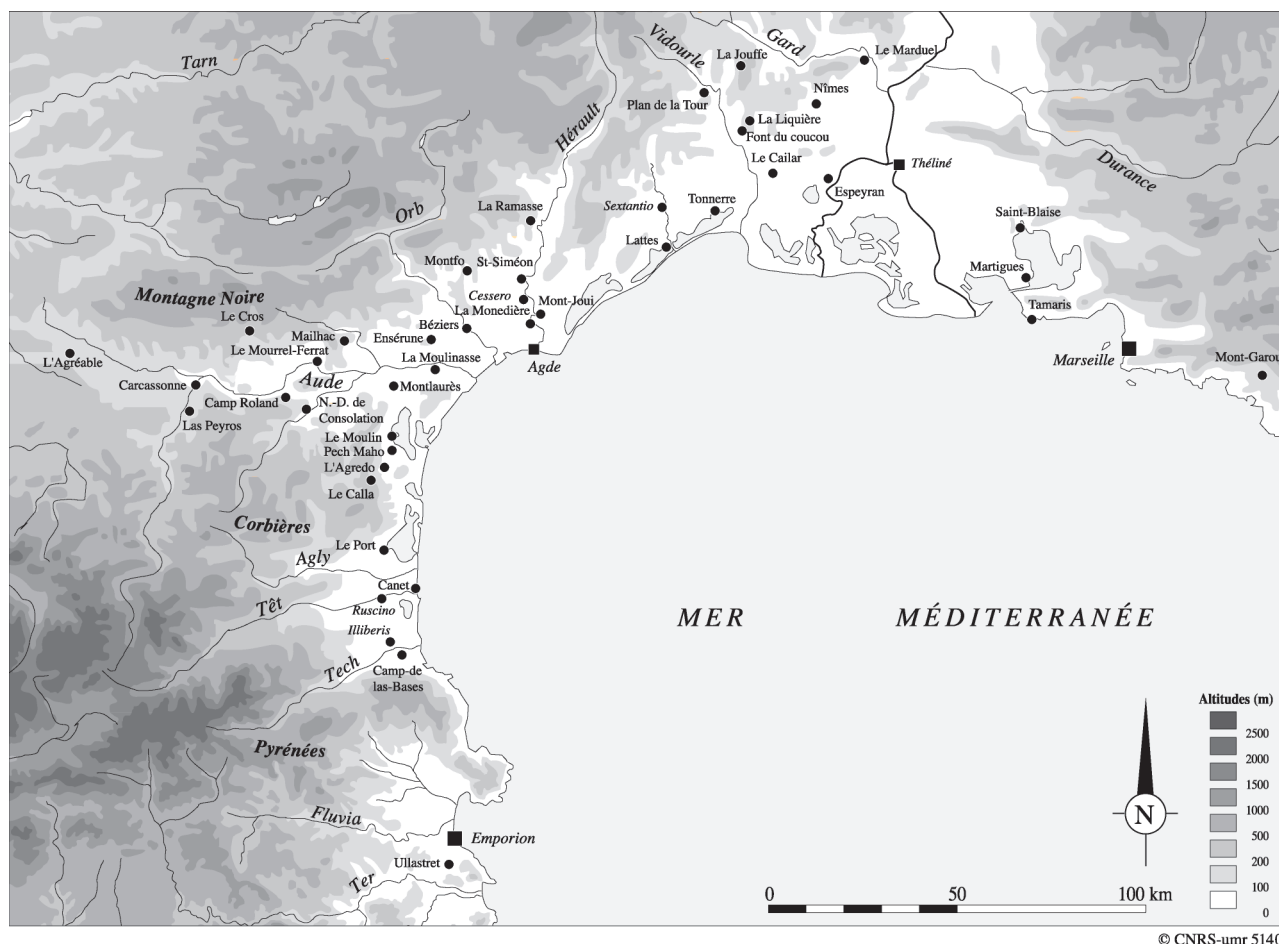
Los cambios observados durante este período están íntimamente relacionados con el inicio de los primeros tráficos griegos o fenicios en dirección del Golfo de León. En efecto, en el marco del movimiento colonial, los reconocimientos marítimos con vocación comercial apuntan a establecer contactos regulares con las sociedades indígenas susceptibles de constituir socios económicos.

A finales del VIII y durante todo el siglo VII, el aspecto aún más o menos episódico de estas navegaciones resulta a la vez de su carácter lejano y de iniciativas a menudo individuales. De este modo, las costas languedocienses fueron prospectadas muy temprano, y la presencia de objetos metálicos como las fíbulas de bronce a navicella de tipo itálico, datables en la segunda mitad del siglo VIII (Duval *et alii* 1974), debe atribuirse a tales relaciones precoces.

Los contactos establecidos con las élites indígenas, previos a la instauración de relaciones de intercambio, son testimoniados por la circulación de objetos que, en este contexto y por su rareza, cumplen la función de bienes de prestigio, probablemente en relación con prácticas de hospitalidad. El vaso griego, y en particular la copa para beber, está presente a partir de mediados del siglo VII, al lado de las ánforas y de la vajilla fenicias. A nivel de mobiliario metálico, están igualmente documentadas las fíbulas de doble resorte de ambiente fenicio-occidental así como otros objetos metálicos, esta vez de origen greco-etrusco. Estos objetos se encuentran esencialmente en contexto funerario, en las sepulturas de ciertos individuos que se distinguen de este modo del resto de la sociedad (Janin 2000).

A partir de mediados del siglo VII, el carácter estrictamente restringido de la gama de productos mediterráneos que llegaron al delta del Aude indica ya la existencia de una verdadera lógica mercantil, dirigida hacia comunidades fuertemente estructuradas. Estas se implantan sobre territorios que explotan y controlan de manera eficaz, ofreciendo en consecuencia potencialidades importantes sobre el plano económico, en especial sobre el agrícola o minero. No es un azar que, a escala del Mediterráneo noroccidental, el bajo Languedoc occidental haya sido percibido por los agentes mediterráneos como un polo importante. Las redes de intercambio indígenas preexistentes, estimulados por los nuevos tráficos coloniales, enlazan en efecto el traspais con la costa, y más aún el Mediterráneo con la costa atlántica, a través de los

* CNRS – UMR 5140 (Montpellier-Lattes)



© CNRS-umr 5140

Figura 1. Mapa de situación de los principales yacimientos de la primera Edad del Hierro en Languedoc.

valles del Aude y del Garona. Del mismo modo que el valle del Ebro para Cataluña, el bajo valle del Aude parece haber jugado el papel de motor para el Languedoc, no sólo como actor económico de primer plano (en la desembocadura de la “vía del estano” procedente de las regiones atlánticas) sino también como foco de innovación cultural.

En la segunda mitad del siglo VII y en el primer cuarto del siglo VI, la presencia de importaciones fenicias de occidente sobre el litoral del Languedoc occidental y del Rosellón es representativa de la integración de estas regiones a un corriente meridional que, *grosso modo*, no sobrepasa el valle del Hérault hacia el norte. Este límite coincide, por otra parte, con el de la extensión de la facies “Grand Bassin I” (Nickels *et alii* 1989; Janin 2000), en la que no sólo tenemos la tentación de ver la traducción de una homogeneidad cultural real, sino también la de asociar el nombre a un pueblo, los Elisices, mencionado a partir del siglo VI por los autores antiguos, concretamente Hecateo de Mileto (según Etienne de Bizancio), Herodoto (VII, 165) y después, en el siglo IV d. C., Avieno en su *Ora Maritima*.

La geografía del poblamiento de esta región está condicionada por la atracción que ejercen las bajas tierras languedocienses y rosellonesas con ricas potencialidades agrícolas, irrigadas por varios cursos de agua importantes:

el Aude, en primer lugar, pero también el Orb y el Hérault para el Languedoc y el Agly, el Têt y el Tech para el Rosellón (fig. 1). Igualmente, está condicionada por la proximidad del litoral, y por la existencia de una franja lagunar bastante más extendida que en la actualidad. Estos espacios entre medios terrestres y marinos ya están ocupados en el Bronce Final, pero se convierten en más atractivos a partir del momento en el que constituyen a la vez una interfaz y un punto de encuentro entre el mundo indígena y el mundo colonial mediterráneo.

Para el Languedoc occidental, la homogeneidad geográfica de la zona comprendida entre la región de Carcassonne al oeste, el macizo de las Corbières al sur y el valle del Hérault al norte (fig. 1), va de la mano de esta fuerte identidad cultural que constituye el grupo Grand Bassin I. El hecho de que, pasada la región del Aude, no poseamos ningún indicio de contacto con el mundo fenicio-occidental, no puede ser considerado fortuito, y denota el aspecto selectivo de estos primeros reconocimientos mediterráneos.

Los indicios de estos contactos son, como hemos dicho, muy tenues. Algunas cerámicas fenicias, sobre todo ánforas, están presentes de todos modos en la región, por ejemplo en Bellevue (Canet, Pirineos Orientales), l'Agrédo (Roquefort-des-Corbières, Aude) (fig. 2) o Le Traversant (Mailhac). Su rareza se explica en parte por un problema



Figura 2. Cerámicas fenicias e imitaciones locales halladas en Languedoc occidental y Rossellón (1: vaso común fenicio, necrópolis de Bellevue en Canet; 2: urna pintada fenicia tipo Cruz del Negro, necrópolis de l'Agredo en Roquefort-des-Corbières; 3: urna a mano de producción local con engobe rojo, necrópolis del Grand Bassin I en Mailhac; 4: jarra a mano de producción local con engobe rojo, necrópolis del Grand Bassin I; 5: vaso zoomorfo a mano de producción local con engobe rojo, necrópolis del Grand Bassin I).

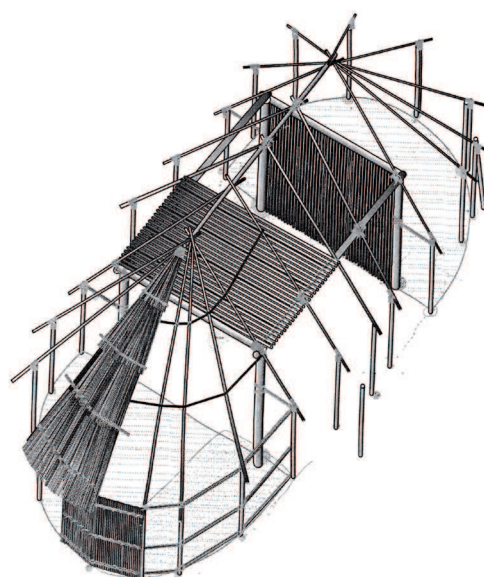


Figura 3. Plano y ensayo de restitución de una casa del Hierro I (hacia 600 a. C.) en el poblado de Ruscino. (Según Marichal *et alii* 2003)

de falta de documentación, pero al mismo tiempo nos reenvía la imagen de una zona de confines, punto último de la avanzada hacia el norte de las navegaciones semitas operadas en la segunda mitad del siglo VII a partir del sur de la Península o de Ibiza.

Por otra parte, las necrópolis languedocienses, y sobre todo las de Grand Bassin I en Mailhac o de Peyrou en Agde (Hérault), han proporcionado una serie de vasos de cerámica a mano, de producción local, que imitan en su forma y en la pintura que las recubre las cerámicas de barniz rojo fenicias: sobre todo, la jarra ovoide y la “urna de saco”, mientras que otras piezas más excepcionales, como algunos vasos zoomorfos presentes en Mailhac (fig. 2) evocan muy claramente modelos del Mediterráneo oriental.

En cuanto a las piezas importadas del mundo griego, no son mucho más numerosas antes o en los alrededores de 600. Sólo contamos, por la segunda mitad del s. VII, con algunos vasos, concretamente copas y oenochos de tipo protocorintio. Estos vasos proceden de las necrópolis de Peyrou y de Bousquet en Agde, de la necrópolis de Grand Bassin I, o del hábitat de Cambéraud en Mailhac. Al mismo tiempo circulan piezas metálicas excepcionales: la necrópolis de Mailhac, por ejemplo, ha proporcionado, en un contexto de mediados del siglo VII, dos ejemplares de asadores de hierro, que debemos relacionar con los modelos conocidos en el mundo griego o etrusco (Janin 2000).

La cuestión de las navegaciones griegas anteriores a la fundación de Marsella resulta delicada; de hecho, la identidad de los interventores mediterráneos que condujeron los objetos en cuestión (atribuidos actualmente a talleres de la Magna Grecia o de Etruria) sobre las costas languedocienses es aún imprecisa. De todos modos, no es posible relacionar el conjunto de elementos mediterráneos aparecidos en el Languedoc occidental únicamente con los fenicios de occidente. La instalación, a inicios del siglo VI, de los foccos en Marsella, Ampurias y, posiblemente, Agde, indica indirectamente un conocimiento anterior de estas costas.



Figura 4. La fortificación del yacimiento costero de Pech Maho.

Para este período, los hábitats indígenas continúan siendo desconocidos en su conjunto, y no permiten completar de modo eficaz nuestra visión de la sociedad languedociense de inicios de la Edad del Hierro. El yacimiento de Carsac (Carcassonne, Aude) representa, con sus 30 ha, el hábitat más extenso conocido en la región. A pesar de que está rodeado de fosos, no se ha podido documentar ningún vestigio de arquitectura, y sólo la abundancia de silos testimonia una ocupación importante del lugar en los siglos VII-VI a. C. El caso de Traversant (Mailhac) es un poco diferente. En el siglo VII el hábitat se desplaza desde la colina de Le Cayla, ocupada en el Bronce Final IIb, hacia los terrenos situados al pie del *oppidum*, donde ya existía una ocupación anterior. El hábitat, protegido durante un cierto tiempo por un sistema de fosos, crece a partir del abandono de Le Cayla, y ocupa hasta inicios del siglo VI una superficie estimada entre 5 y 6 ha (Gailledrat *et alii* 2000). En este asentamiento se han exhumado restos de construcciones de barro de planta absidal, similares a estructuras documentadas en Ruscino (Château-Roussillon, Pirineos Orientales), en un contexto de c. 600 a. C. (Marichal *et alii* 2003) (fig. 3). En Mailhac, no todo el espacio estaba necesariamente construido, aunque sí estaba densamente ocupado como indica la presencia de silos en fosa y de hogares. Los edificios documentados parecen formar agrupaciones, pero la documentación es demasiado fragmentaria para poder precisar la organización interna de este lugar de hábitat.

Las necrópolis languedocienses de la facies Grand Bassin I están, por el contrario, mucho mejor documentadas. A través de cambios constatados en las prácticas funerarias, muestran una transformación real de la sociedad indígena. El mobiliario dispuesto en el interior de las tumbas tiende a multiplicarse, mientras que el repertorio cerámico conoce una evolución sensible, en particular con la aparición de formas como la urna situliforme, las copas de perfil convexo-cóncavo o las cráteras de cuello y pie alto. A nivel de mobiliario metálico, algunas piezas son características de la facies Grand Bassin I; nos referimos en particular a los botones cónicos de bronce o a los brazaletes de hierro de sección bitroncocónica.

En el seno de las necrópolis, son evidentes las disparidades, como probable reflejo de una diferenciación social. Como lo han demostrado, entre otros, los trabajos realizados en las necrópolis de Peyrou (Agde) y Grand Bassin (Mailhac), al lado de tumbas de simple usuario, encontramos sepulturas que contienen un mobiliario más o menos abundante, entre las cuales algunas tumbas emergen verdaderamente del lote con conjuntos muebles específicos. Por otra parte, una estructuración de las necrópolis es perceptible a través de la repartición espacial de las tumbas, correspondiendo, según parece, a agrupaciones de orden familiar.

Las escasas importaciones se encuentran en este tipo de contexto, al lado de otros elementos considerados como indicadores de un rango social elevado, como los símpula de bronce asociados a la práctica del banquete, las piezas de arnés de caballos y otros elementos que pueden pertenecer a carros, o a armas, muy raras durante este período pero presentes en estos conjuntos.

El mundo ibero-languedociense

El siglo VI es sinónimo de un cambio relativamente profundo para las sociedades indígenas de esta parte del Languedoc, cambio que resulta a la vez de una dinámica interna y externa: la instalación de los focos alrededor del golfo de León, así como la integración del mundo languedociense occidental en la esfera cultural ibérica, crean en efecto un nuevo contexto favorable a las evoluciones que se desarrollan según ritmos más o menos rápidos. La cultura “ibero-languedociense” se desarrolla al final de la primera Edad de Hierro, y presenta afinidades muy netas con el dominio catalán, hasta el punto que las regiones comprendidas entre el Ebro y el Hérault pueden asociarse en un mismo conjunto macro-regional (Gailledrat 1997).

La evolución del Languedoc occidental y del Rosellón durante este período es perceptible a diferentes niveles. En primer lugar, asistimos a un fenómeno de traslado del hábitat a lugares elevados. Los asentamientos de altura abandonados a inicios de la primera Edad del Hierro (Le Cayla de Mailhac es un buen ejemplo en este sentido), así como otros emplazamientos desocupados hasta el momento, ven ahora la instalación de comunidades fortificadas. Estos *oppida*, cuya superficie es normalmente inferior a 10 ha, dibujan una malla densa del territorio, y se asocian a pequeñas instalaciones de llanura, granjas o aldeas, aún poco conocidas pero sí atestigüadas. Igualmente, aparecen pequeños asentamientos fortificados en zonas periféricas, como el macizo de Corbières, y parecen dibujar una especie de “frontera” con el supuesto territorio vecino de los Sordones, en el actual Rosellón, también integrado a la esfera cultural ibérica (Solier 1992).

La presencia de fortificaciones indica a la vez una preocupación racional de defensa y una voluntad de afirmación del *oppidum* como centro de poder. Este poder puede ser el de la comunidad aldeana en su conjunto, pero igualmente refleja el de una clase dirigente, de una minoría de individuos que exalta los valores guerreros.

El simbolismo de las fortificaciones está ilustrado claramente en el yacimiento de Pech Maho (Sigeau, Aude),

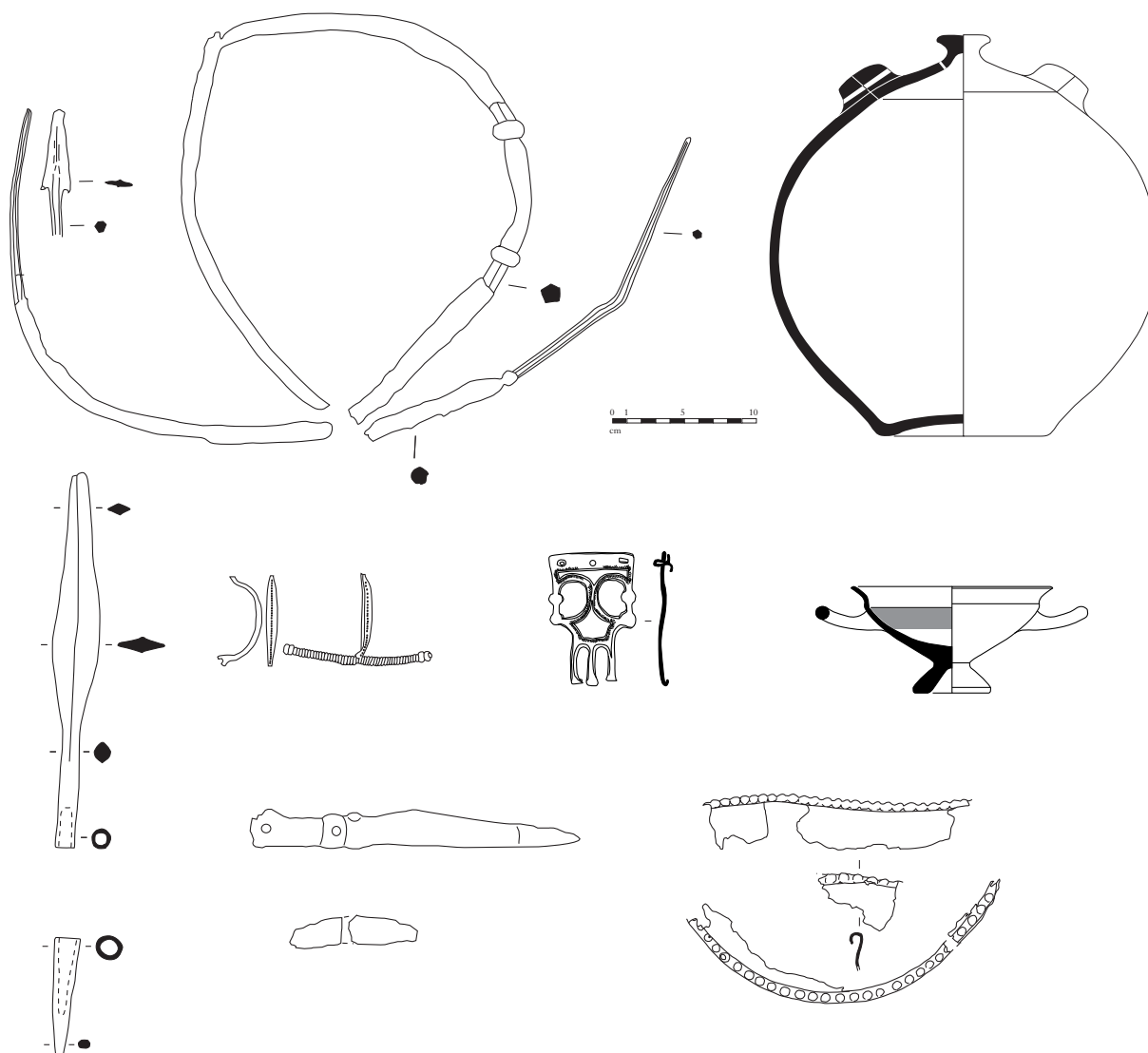


Figura 5. Ajuar de la sepultura n°14 de la necrópolis del Grand Bassin II en Mailhac (hacia 525-475 a. de C.) (según Janin *et alii* 2002, 86-87, fig. 27 y 28).

fundado hacia mediados del siglo VI a.C. al borde de los estanques de la región de Narbona (Gailledrat, Solier 2004). Una potente fortificación (fig. 4), que asocia una cortina y después una segunda a un sistema de doble foso, presenta características originales para la región en una fecha tan alta. Dos bastiones rectangulares enmarcan un fragmento de muralla, cuya puesta en obra cuidada subraya aún más el carácter de ostentación. Además, una serie de losas dispuestas a modo de primera hilada de este muro, dejan aparecer varios grabados (símbolo solar, líneas paralelas...) así como pequeñas cúpulas interpretadas como utilizables para libaciones. El carácter simbólico de este sector cercano a la puerta se consolida a lo largo de la duración del hábitat, indicando en todo caso la importancia de la fortificación en tanto que elemento fundamental en la vida de la comunidad (Gailledrat, Solier 2004).

La evolución de las prácticas funerarias traduce durante este período (fase “Grand Bassin II”) cambios notables. El mobiliario que acompaña el difunto se vuelve más restringi-

do, y una parte cada vez más importante de éste acompaña al difunto en la pira. Por otra parte, alrededor del 600 a.C. se observa la generalización de armas (puntas de lanza, *soliferrea*, espadas de antenas...) en las tumbas masculinas (fig. 5). La aparente “nivelación” social que sugieren estos conjuntos funerarios, no obstante, está lejos de dibujar una sociedad poco jerarquizada. Ciertos personajes emergen aún del lote, según indican, de entrada, la presencia de sepulturas, ya sea aisladas (“Corno Lauzo” en Mailhac; “St-Antoine” en Castelnau de Guers, Hérault...), ya sea en el seno de necrópolis (“St. Julien” en Pézenas, Hérault; “Las Peyros” en Couffoulens, Aude...), que han proporcionado panoplias guerreras completas con armas y elementos de coraza, vasos importados o incluso elementos muebles más excepcionales como el famoso thymiaterion de la tumba 13 de Couffoulens (fig. 6). Las diferencias son, a pesar de todo, menos perceptibles que durante la fase precedente y no constatamos la aparición de un fenómeno “principesco” como podemos percibirlo en el dominio oriental o, a



Figura 6. Thymiaterion de la sepultura n°13 de la necrópolis de Las Peyros en Couffoulens (hacia 560-540 a. C.) (según Solier *et alii* 1976, 112, fig. 83).



Figura 7. El conjunto de elementos escultóricos hallados en una fosa en el yacimiento del Traversant en Mailhac (siglo VI a. C.).

la inversa, en el mundo hallstático continental.

Esta imagen de una sociedad donde la guerra está presente sugiere que se trataría, para el mundo indígena, de un período de tensiones, cuyo origen probablemente debe buscarse en una competición creciente entre comunidades por el acceso a los bienes mediterráneos o por el control de los circuitos comerciales que desembocan en la costa.

La lectura social de los lugares de hábitat adolece de un problema de documentación, y resulta difícil discernir

diferencias en base a las arquitecturas domésticas existentes, que no revelan manifestación ostentatoria alguna. No obstante, la arquitectura evoluciona, aunque la concepción de la casa permanece bastante conforme a los modelos tradicionales, con superficies generalmente limitadas y piezas únicas polivalentes, a veces con una relación entre edificios separados o células adosadas no comunicantes, o bien una complementariedad entre espacios interiores y exteriores. La aparición de plantas de dos piezas o más constituye, en conjunto, un fenómeno a la vez tardío (s. V a.C.) y progresivo, así como la difusión de nuevas técnicas de construcción, más concretamente el adobe. Esta técnica, manifestamente introducida en Languedoc en el siglo VI por los griegos, competirá con las técnicas tradicionales como el mantado o el amasado de barro. El adobe aparece lógicamente en primer lugar (mediados del s. VI a.C.) en yacimientos próximos a la costa y abiertos a los intercambios con el Mediterráneo. Asociado a plantas absidales como en La Monédière (Bessan, Hérault) o cuadrangulares (Pech Maho), se encuentra de nuevo a finales del siglo VI en Montlaurès (Narbona, Aude), y no será utilizado en Le Cayla de Mailhac, aunque a una distancia de tan sólo una veintena de kilómetros, hasta mediados del siglo siguiente.

Siempre en relación al hábitat, las expresiones colectivas de la vida social o religiosa están ausentes en este período. De todos modos, un caso debe ser mencionado, y es el de Traversant en Mailhac, donde se ha documentado una fosa que encierra un conjunto esculpido fragmentario, enterrado voluntariamente después de su destrucción (Gailledrat, Bessac 2000). Probablemente datado en un momento impreciso dentro del siglo VI a.C. (¿finales?), este grupo -que refleja un escaso dominio de la técnica- comprende la estatua en alto relieve de un animal acostado, probablemente de inspiración orientalizante (león?), así como una cabeza zoomorfa en bajo relieve y una estela (fig. 7). Tal vez ligado en origen a una sepultura vecina no localizada, tal vez vinculado a un monumento aislado, este conjunto recuerda, tanto en su concepción como en su devenir, a la estatuaria ibérica. En todo caso, se trata de una manifestación sin porvenir de la voluntad de afirmación o de reconducción de un poder, que emana probablemente de una de las élites locales o regionales.

La dinámica de poblamiento de esta región languedociense, tal y como puede ser percibida a través de la geografía de los asentamientos, muestra fundamentalmente dos cosas: la primera es el incremento, al que ya se ha aludido, de la influencia sobre los territorios -cada *oppidum* define un territorio de varias decenas de kilómetros cuadrados- así como el control de las vías de comunicación; la segunda concierne la atracción ejercida por la costa, que se traduce en la creación de nuevos asentamientos claramente orientados hacia los intercambios con el Mediterráneo. Es en esta óptica que cabe concebir la fundación, entre mediados y la segunda mitad del siglo VI a.C., de pequeños establecimientos implantados alrededor de los estanques de Bages-Sigean: Pech Maho, Le Moulin (Peyriac-de-Mer, Aude) y La Moulinasse (Salle d'Aude, Aude) (fig. 1). Al mismo tiempo, Montlaurès parece conocer un desarrollo importante, hasta el punto que

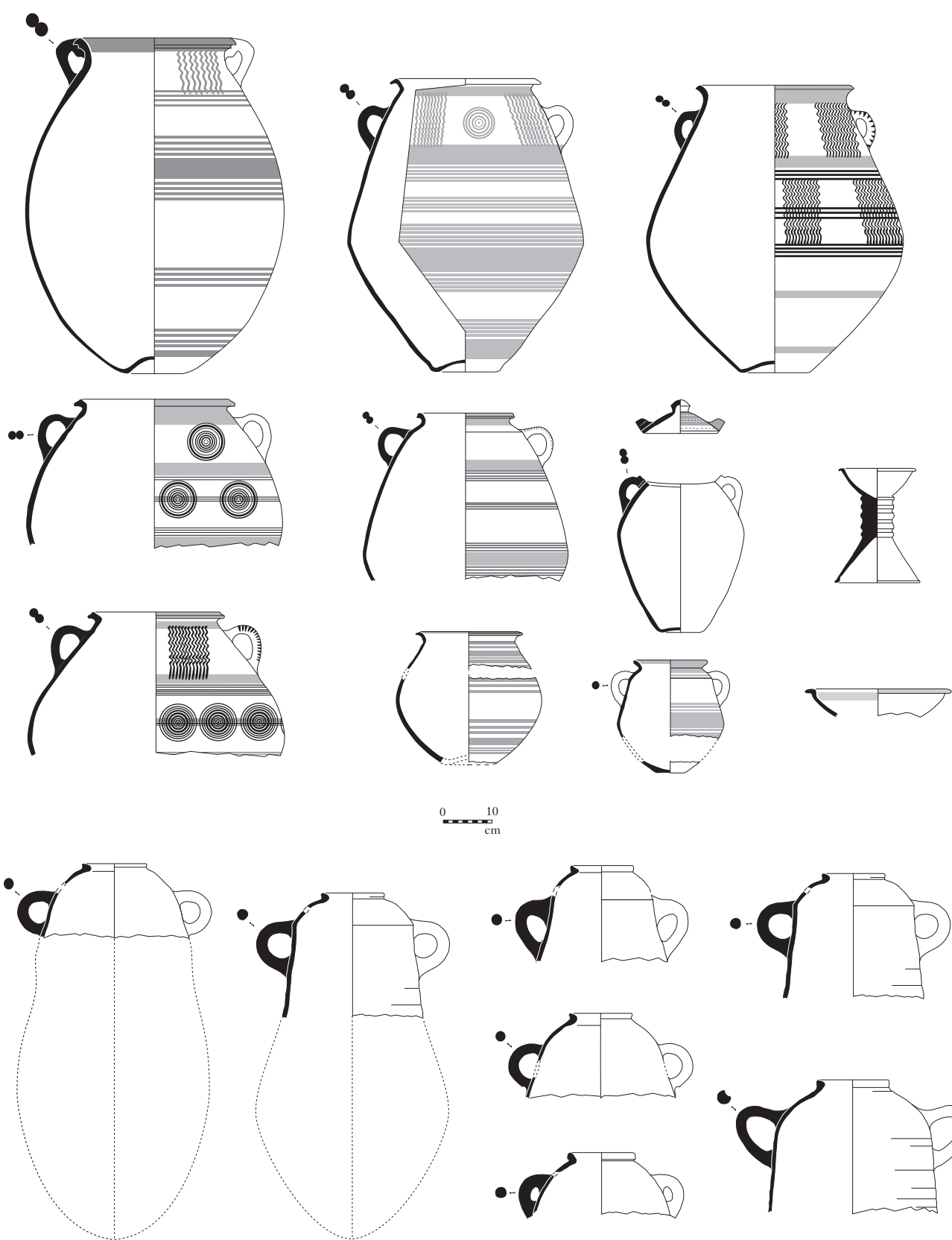


Figura 8. Cerámicas ibéricas pintadas y ánforas importadas en Languedoc occidental (550-450 a. C.).



Figura 9. Tinaja pintada de tipo ibérico, producción de un taller de la zona de Narbona (Aude) (Pech Maho, hacia 510-450 a. C.).

se considera este *oppidum* como la “capital” del dominio elisice. Sin embargo, la existencia de una eventual jerarquización de los asentamientos está lejos de ser evidente, en particular cuando se trata de definir las relaciones que han podido mantener los grandes *oppida* de la franja prelitoral con los pequeños asentamientos costeros.

La cronología de estas implantaciones muestra una correlación estrecha con el desarrollo del emporio marsellés en el último tercio del siglo VI a.C. A partir de este momento, el devenir del Languedoc occidental está sometido a esta doble influencia que constituye la actividad mercantil, no sólo de Marsella sino también de Ampurias. Al mismo tiempo, asistimos a una regresión del comercio etrusco, sin embargo muy presente a inicios del s. VI a.C. a través de la difusión de ánforas y de vajilla en *bucchero nero*, pero que parece dejar paso a finales del mismo siglo a las iniciativas focas.

La orientación peninsular del negocio ampuritano se revela determinante para comprender la evolución, no sólo económica sino también cultural, de la zona ibero-languedociense. Tiene lugar la llegada al litoral del Languedoc de productos ibéricos procedentes de varias regiones de la Península, en particular del País Valenciano y de Cataluña: las ánforas y las jarras de cerámica pintada, conteniendo probablemente productos diversos, se difunden ampliamente en la región (fig. 8).

Por otra parte, la circulación de personas, en primer lugar de mercaderes, es más que verosímil. “Corredores” originarios del sudeste o de otros lugares de España jugaron probable-

mente a la vez un papel en el comercio y en la difusión de la escritura ibérica a partir de la segunda mitad del siglo V a.C. Igualmente, podemos imaginar su presencia en las costas languedocienses, y en particular en emplazamientos como Pech Maho. De todos modos, estos contactos directos que acompañaron a la iberización del Languedoc no se sitúan en su origen: el fenómeno ibero-languedociense es más antiguo y, por otra parte, no se reduce a la simple circulación de mercancías. El comercio a larga distancia atestiguado por la llegada al Languedoc de productos ibéricos es ante todo obra de griegos, en particular los de Ampurias, a quienes debieron de asociarse los Iberos del País Valenciano o de Cataluña. Estas relaciones son mucho más evidentes a partir de finales del siglo V a.C., pero el conjunto de datos convergen para situar tempranamente el establecimiento de un área comercial ampuritana en el Golfo de León. La idea de monopolio ampuritano debe en todo caso ser rechazada, a causa del peso evidente de Marsella. En cuanto al papel de los púnicos, es difícil de valorar y debió de ser secundario, aunque es evidente que estos últimos frecuentaron las costas del Languedoc occidental en los siglos VI-V a.C. como demuestra el texto ya evocado de Herodoto que menciona la presencia de mercenarios elisices al lado de los cartagineses durante la batalla de Himera (480 a.C.). En el estado actual de la investigación, en todo caso no es razonable atribuir a los púnicos el transporte de las ánforas ibéricas en dirección al Golfo de León (Gailledrat 2004).

El conjunto de observaciones efectuadas para la región comprendida entre el Hérault y los Pirineos muestra en todo caso la complejidad de las interacciones entre los diferentes componentes culturales y étnicos implicados en estos intercambios que caracterizan la emergencia del mundo ibero-languedociense. Estos intercambios están lejos de resumirse en el mero dominio económico, y reenvían por el contrario a una temática bastante más compleja que es la de la aculturación.

El mobiliario metálico presenta fuertes analogías a uno y otro lado de los Pirineos. El conjunto de estas regiones se caracteriza en los siglos VI-V a.C. por la presencia de jabalinas de hierro, espadas de antenas, fíbulas de bronce de tipo “Golfo de León”, o incluso las hebillas de cinturón de bronce de uno, dos o tres ganchos. Por otra parte, las cronologías languedocienses o aquitanas nos muestran que es necesario considerar el dominio languedociense occidental como un foco de innovación, y por lo tanto rechazar la idea de simples préstamos efectuados a las culturas meridionales.

Esta facies ibero-languedociense se caracteriza, a nivel del mobiliario cerámico, por una repartición específica de las diferentes categorías de vajilla y de ánforas, que convierte al Languedoc occidental y al Rosellón en los parientes cercanos de las regiones catalanas, en oposición a una facies rodano-provenzal a la que se asocia la parte oriental del Languedoc. El análisis del mobiliario cerámico revela una evolución marcada por un doble fenómeno: en primer lugar, la regresión de las cerámicas a mano tradicionales frente a las producciones realizadas a torno, ya sean importadas o elaboradas en talleres indígenas; en segundo lugar, la aceptación de formas extranjeras (sobre todo ibéricas i griegas) en el repertorio local. Estas, en particular los vasos griegos,

evocan por otra parte modificaciones en las prácticas de consumo indígenas.

No obstante, la persistencia de porcentajes significativos de cerámica a mano hasta un momento avanzado del siglo V a.C. es notable, y precisamente constituye una de las características de la facies del Ibérico Antiguo tal y como aparece en el nordeste de la Península, en la Cataluña litoral o a fortiori en la interior. Para la región narbonense, los datos disponibles sugieren no sólo una evolución cronológica relativamente rápida, sino también una cierta diferencia entre la costa y el interior. En el litoral, el fenómeno de aculturación reflejado entre otros elementos por la rarefacción de las cerámicas a mano parece al mismo tiempo más acentuado y precoz que en otras zonas.

La aparición del torno en la primera mitad del siglo VI es el origen del desarrollo de un artesanado cerámico floreciente, en el que dos producciones conocerán un favor particular, a saber la cerámica gris monocroma y la cerámica pintada ibero-languedociense. La primera de ellas mezcla una técnica de inspiración greco-oriental con un repertorio de formas híbrido donde encontramos a la vez formas griegas (plato à marli, oenochoé...) e indígenas (cubilete carenado, urna de cuello alto...). Entre la vajilla de mesa, esta cerámica ocupa un lugar importante en Languedoc occidental y sobre todo en Rosellón. En cuanto a la segunda, parte esencialmente de modelos ibéricos (fig. 9), sobre todo de los vasos de acondicionamiento (jarras, urnas) documentados en cerámica ibérica pintada. Importadas en Languedoc no por sí mismas sino por sus contenidos, estas jarras representan la casi-totalidad de las importaciones de cerámica ibérica pintada en los siglos VI-V a.C. (Gailledrat 1997). En este panorama, la cerámica a mano tradicional constituye aún una parte importante, a la vez de la vajilla de mesa (cubilete, copas...) y de los vasos de almacenaje (urnas). Finalmente, constituye lo esencial de la batería de cocina, donde las formas alóctonas están poco representadas, lo que denota, al menos en este plano, una cierta forma de conservacionismo por parte de las sociedades indígenas.

Conclusión

La facies ibero-languedociense, tal y como puede percibirse hoy en día, muestra que el parentesco con el mundo ibérico de Cataluña resulta de una evolución paralela bajo influencias mediterráneas comparables. Por otra parte, esta evolución es simultánea, y no existe desfase cronológico entre el sur y el norte de los Pirineos en lo que se ha convenido en llamar el proceso de iberización. Además, es evidente que la franja litoral del Languedoc occidental y del Rosellón actuales, y en particular la región del Aude, jugaron un papel determinante en la propia definición del iberismo tal y como puede ser percibido en el nordeste de la Península. Evidentemente, el Languedoc occidental constituye una zona de margen, al menos en el plano geográfico, mientras que, en el plano étnico, la epigrafía nos muestra a partir de los siglos V-IV que existe un fondo de población diferente del fondo ibérico stricto sensu, que incluye a la vez elementos de raíz preindoeuropea, asimilados a los ligures,

y elementos célticos cuya fusión con los precedentes parece antigua. No obstante, esta diversidad étnica del Languedoc se adapta a un fuerte proceso de homogeneización cultural que es propio al mundo ibérico.

(Traducción de M. Carme Belarte)

Bibliografía

DUVAL, A., ELUÈRE, C., MOHEN, J.- P.:
1974. "Fibules antérieures au VI^e siècle avant notre ère, trouvées en France", *Gallia*, 32, 1-61.

GAILLED RAT, E.:
1997. *Les Ibères de l'Èbre à l'Hérault (VI^e-IV^e s. av. J.- C.)*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne 1, Lattes, 1997, 336 p.

2004. "Les amphores ibériques en Languedoc occidental (VI^e-III^e s. av. J.- C.) : acquis et problèmes", *Documents d'Archéologie Méridionale*, 27, 347-377.

GAILLED RAT, E., SOLIER, Y.:
2004. *L'établissement côtier de Pech Maho (Sigean, Aude) aux VI^e-Ve s. av. J.- C. (fouilles 1959-1979)*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 19, Lattes, 467 p.

GAILLED RAT, E., TAFFANEL, O. ET J.:
2002. *Le Cayla de Mailhac (Aude) : les niveaux du VI^e-Ve s. av. J.- C.*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 12, Lattes, 271 p.

GAILLED RAT, E., BESSAC, J.- C.:
2000. "Découverte récente d'un ensemble sculpté du premier Âge du Fer à Mailhac (Aude)", *Mailhac et le premier Âge du Fer en Europe Occidentale, Hommage à O. et J. Taffanel, Actes du colloque de Carcassonne (17-20 septembre 1997)*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne 7, Lattes, 291-303.

GAILLED RAT, E. POUPET, P., BOISSON, H.:
2000. "Nouvelles données sur l'habitat protohistorique de Mailhac (Aude) au premier Age du Fer (VII^e-Ve s. av. J.- C.)", *L'habitat protohistorique à Catalunya, Rosselló i Languadoc occidental. Actualitat de l'Arqueologia de l'Edat del Ferro, XXII^e Colloque International pour l'Etude de l'Age du Fer (Gérone, 21-24 mai 1998)*, Sèrie Monogràfica, 19, Girona, 173-184.

GUILAINE, J., RANCOULE, G., VAQUER, J., PASSELAC, M., VIGNE, J.- D.:
1986. *Carsac, une agglomération protohistorique en Languedoc*, Toulouse, 302 p.

JANIN, T., TAFFANEL, O., TAFFANEL, J., BOISSON, H., CHARDENON, N., GARDEISEN, A., HÉRUBEL, F., MARCHAND, G., MONTECINOS, A., ROUQUET, J.:

2002. "La nécropole protohistorique du Grand Bassin II à Mailhac, Aude (VI^e-Ve s. av. J.- C. n. è.)", *Documents d'Archéologie Méridionale*, 25, 65-122.

JANIN, T., CHARDENON, N.:

1998. "Les premiers objets en fer en Languedoc occidental et en Roussillon", *Recherches sur l'économie du fer en Méditerranée nord-occidentale*, Montagnac, 56-64.

JANIN, T.:

2000. "Nécropoles et sociétés élisyques", *Mailhac et le premier âge du Fer en Europe occidentale. Hommage à Odette et Jean Taffanel, Actes du colloque international de Carcassonne, 17-20 septembre 1997*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 7, Lattes, 117-131.

JULLY, J.- J.:

1975. "«Koiné» commerciale et culturelle phénico-punique et ibéro-languedocienne en Méditerranée occidentale à l'Âge du Fer", *Archivo Español de Arqueología*, 48, 22-119.

MARICHAL, R., REBBÉ, I., BOISSON, H., GAILLED RAT, E., JANIN, T.:

2003. *Les origines de Ruscino (Château-Roussillon, Perpignan, Pyrénées-Orientales), du Néolithique au premier Âge du Fer*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 16, Lattes, 298 p.

MAZIÈRE, F., GOMEZ, E.:

2002. "Agde. Nécropole du Bousquet", *Bulletin Scientifique de la Région Languedoc-Roussillon*, Montpellier, 120-121.

NICKELS, A.:

1989. "La Monédière à Bessan (Hérault). Le bilan des recherches", *Documents d'Archéologie Méridionale*, 12, 51-119.

NICKELS, A., MARCHAND, G., SCHWALLER, M.:

1989. *Agde, la nécropole du Premier Âge du Fer*, Revue Archéologique de Narbonnaise, suppl. 19, Paris, 498 p.

SOLIER, Y.:

1976-78: "La culture ibéro-languedocienne aux VI^{ème}-V^{ème} siècles", *Simposi internacional: els orígens del món ibèric*, Barcelona-Empúries 1977, Ampurias 38-40, 211-264.

1992. "L'occupation des Corbières à l'Âge du Fer. Habitats et mobiliers", *Documents d'Archéologie Méridionale*, 15, 327-389.

SOLIER, Y., RANCOULE, G., PASSELAC, M.:

1976: *La nécropole de «Las Peyros», VI^e s. av. J.- C., à Couffoulens, Aude*, Revue Archéologique de Narbonnaise, suppl. 6, Paris, 117 p.